

Bernardino Telesio y el ‘Antiguo sacerdote’ de *La Galatea*¹

Francisco Márquez Villanueva

La crítica de *La Galatea* ha prestado escasa atención al episodio de las exequias del pastor Meliso y su significado en relación con el más profundo sentido de la obra. No ha habido nunca dificultad para reconocer allí el homenaje de Cervantes a don Diego Hurtado de Mendoza (1503–1575), aclamado como el gran heredero de un ideal garcilasiano que en aquellas ceremonias se transmite simbólicamente a la generación de poetas todavía ‘jóvenes’ que integran Tirsi (Francisco de Figueroa), Damón (Pedro Laínez) y Lauso (el propio Cervantes). Atenta a respaldar la idea, central en su prólogo, del desvalimiento de la Poesía en España, *La Galatea* alza un coro de gloria al silenciado deceso de un vate muerto en desgracia de Felipe II y encarga de officiar la que llama ‘funesta ceremonia’ al anciano Telesio, una noble y ambigua figura de sacerdote, poeta y filósofo merecedora de un lugar de privilegio entre los personajes inolvidables de su autor.

Dicha figura central de Telesio comienza a definir su naturaleza problemática por no ser en realidad un pastor, sino un personaje que habita aquel mundo bucólico sin pertenecer a él del todo. El texto es muy cuidadoso de marcar la diferencia en el momento de introducirlo en escena, describiendo cómo fueron vistos ‘encima de un recuesto algo levantado dos ancianos pastores, que en medio tenían un antiguo sacerdote, que luego conocieron ser el anciano Telesio’. Es manera expresa de señalar su adscripción inicial a una antigüedad clásica indisoluble del tema bucólico, lo que es también como decir que en modo alguno se trata de un sacerdote cristiano. En el mundo de las cercanas aldeas viven en cambio curas y médicos, tipos por definición anti-pastoriles, a los que vanamente ha recurrido el apasionado Erastro para curarse del amor de Galatea. En un marcado contraste, es este otro Telesio quien aparece prestigiosamente investido de lo que hoy llamaríamos ‘dirección espiritual’ de aquel mundo bucólico, a cuyos pastores convocaba a son de bocina:

[...] cuando quería hacerles algún provechoso razonamiento, o decirles la muerte de algún conocido pastor de aquellos contornos, o para traerles a la memoria el día de alguna solemne fiesta o el de algunas tristes obsequias.

¹ Esta comunicación constituye sólo un avance sobre un tema que me propongo completar a fondo en un futuro próximo, y por esta razón se presenta sin notas.

Telesio comienza por autodefinirse como ‘aquel que sólo vuestro bien y provecho pretende’, y los pastores le guardan el mayor respecto por aquella especie de laica cura de almas, con que tanto reconocen que contribuye ‘al mejoramiento de nuestras vidas’.

Cervantes se muestra inicialmente dócil a la pauta del género pastoril, entre cuyas fórmulas figuraba la pintura de unas exequias, por supuesto paganas, en eco de las del pastor Androgeo de la *Arcadia* de Sannazaro y a modo de inclinación de cabeza al tópico de *Et in Arcadia ego* y a la égloga V de Virgilio. Sólo que aquí en *La Galatea* va a ceder de lleno a la clase de tentación que en el *Quijote* hubo de someter a un tratamiento pliado con la historia de Grisóstomo. Frente a lo sumario de ésta, las exequias de Meliso ofrecen un desarrollo regido por una minuciosa atención a gestos y simbolismos, bajo un encuadre geométrico y numerológico de claras raíces pitagóricas. Son ceremonias pintadas como ‘ocasión piadosa’, pero en una perspectiva puramente humana, que se mantiene al margen de nada cristiano a la vez que se esfuerza por no entrar en ningún abierto conflicto con la ortodoxia. Los pastores de *La Galatea* son conducidos por Telesio a cierto Valle de los Cipreses, situado en las riberas del Tajo y donde la vegetación ha construido una especie de templo natural. Inspirado en los más netos cánones de la arquitectura renacentista, tiene en su fondo una plazoleta circular, con una fuente de mármol y los sepulcros de algunos famosos pastores que el consenso (si no ‘canonización’) por aquella pastoril Iglesia ha declarado dignos de ser allí enterrados. No hay ningún signo exterior de orden religioso en este que más se diría panteón de hombres ilustres que no cementerio cristiano, y corresponde a Meliso el más bello de los sepulcros allí reunidos.

Carezco de tiempo para seguir paso a paso el desarrollo de la ceremonia dirigida por Meliso, con ‘lícitos y acomodados exorcismos’, que he estudiado en otra ocasión. Da aquélla paso a un breve epicedio en boca del antiguo sacerdote y conduce sin violencia a la maravillosa visión de Calíope y su elogio de los poetas españoles. Las exequias del pastor Meliso no suenan tanto a paganas como a una religiosidad natural o de signo deísta, que da a sus ritos un sabor como anticipadamente masónico, a modo de una especie de *Die Zauberflöte* a lo siglo XVI, con Telesio en el vago papel de un Sarastro. Nada más admirable que ver a Cervantes sortear muy a sabiendas tan peligrosos escollos. El relato jamás desmaya de un plano de la más alta dignidad ideal y deleita al lector con algunas de las páginas más exquisitamente planeadas de toda la obra de Cervantes.

Telesio es sacerdote de un culto no anticristiano, pero sí acristiano, en el que la inmortalidad y la gloria se definen en el seno de los altos ideales éticos de una religión de la Poesía. Lo mismo que su naturaleza, su nombre es ajeno al repertorio pastoril y fuerza al recuerdo del filósofo Bernardino Telesio (1508–1588). Nacido en Cosenza (Calabria), vivió la mayor parte de su vida en Nápoles, en cuya vida intelectual dejó una profunda huella. Autor de muchos estudios de filosofía natural, su *De rerum natura juxta*

propria principia (con ediciones de 1565, 1570 y 1586) lo sitúan junto a Tommaso Campanella y Giordano Bruno entre los preconizadores de un pensamiento científico independizado de la metafísica tradicional y, sobre todo, del yugo aristotélico, que la teología de la época aclamaba más que nunca como su piedra angular. A pesar de sus protestas de ortodoxia, las ideas de Telesio apuntan a un materialismo autosuficiente, lo mismo que su equiparación del hombre al animal y la reducción de las facultades intelectuales al espíritu corpóreo material. No es de extrañar por eso que, con el endurecimiento del espíritu contrarreformista, su obra ingresara entera en 1596 entre las prohibidas de segunda clase (es decir, hasta un eventual expurgo que nunca llegó a intentarse) del Índice romano de Clemente VIII.

Es virtualmente imposible que nadie con intereses filosóficos aun de orden general y que viviera en Nápoles entre 1570 y 1575 pudiera ignorar el nombre y actividades del prestigioso Telesio. La posibilidad de que Cervantes quisiera retratarlo de algún modo en el personaje de *La Galatea* fue formulada con toda cautela por Américo Castro en *El pensamiento de Cervantes* (1925). En su capítulo sobre ‘La naturaleza como principio divino e inmanente’ observaba: ‘Hay un hecho curioso, y es que Cervantes cita un Telesio en *La Galatea*, que nada de extraño tiene se refiera al filósofo que ya en 1565 había publicado el *De rerum natura juxta propria principia*, y cuyo nombre y cuyas ideas daban que hablar durante la estancia de Cervantes en Italia’. La idea cayó en oídos sordos o escépticos y no ha pasado hasta el momento de ahí.

El avance de la investigación de entonces acá en torno a Telesio obliga, sin embargo, a un replanteo de la cuestión. Su abordaje a temas de física se halla sembrado de intuiciones poéticas y se sabe ahora, por ejemplo, hasta qué punto encontró fieles seguidores entre humanistas, médicos inquietos e ingenios novadores. La Academia de su Cosenza natal fue siempre un bastión de sus ideas, en las cuales latían importantes posibilidades de aplicación a la literatura. Sus discípulos Antonio Persio y Giulio Cortese (1530–1598) las desarrollaron en sentido psicologista y en el de una íntima fusión entre Poesía y Filosofía. Se reconoce hoy la decisiva contribución de Telesio a la rica semiología del término *spiritu* en los ambientes literarios de la otra Península. Es ahora igualmente admitido el influjo de Telesio sobre la *Poetica* de Campanella, decidido partidario de una poesía filosófica, basado en su capacidad de penetrar la naturaleza profunda de las cosas y en la dimensión ética que la susodicha alianza podía asumir bajo un concepto de origen telesiano. La misma persuasión acerca de la Poesía como Naturaleza conducía también a Campanella a proclamar la inutilidad de toda suerte de reglas o preceptos para el poeta dotado de *spiritus* a lo Telesio.

La naturaleza común de Ciencia y Poesía es efectivamente una idea o convicción muy grata a *La Galatea* y particularmente invocada en el episodio de Telesio. ‘En tu sabiduría se enseñaban / los rústicos pastores

[...], encarece Damón al cerrar la última parte del elogio fúnebre de Meliso. Y Calíope: ‘Mi oficio y condición es favorecer y ayudar a los divinos espíritus, cuyo loable ejercicio es ocuparse en la maravillosa y jamás como debe alabada ciencia de la poesía’. Y Telesio, en su despedida final, recordará a ‘los espíritus que en la ciencia de la poesía en ella muestran que le tienen levantado’. Pero en la imposibilidad de proseguir *hic et nunc* una cuestión tan delicada como la de una posible presencia o influjo al menos ocasional de tales conceptos en la estética literaria de Cervantes, será preciso prestar atención a otros datos de orden más modesto.

La primera consideración de este orden se refiere a la conspicua presencia temática del fuego a lo largo del episodio de Meliso. El comienzo de las fúnebres ceremonias, tras besar la piedra del sepulcro y regarlo con lágrimas, viene marcado por ‘el sacro fuego’ que manda encender Telesio. Con él se prenden alrededor de la pira muchas pequeñas hogueras de ramas de ciprés cuyos ‘ardientes fuegos’ el sacerdote circum-ambula tres veces, a la vez que alimenta con alguna cantidad de incienso. La sepultura queda todo el tiempo rodeada de antorchas incluso cuando, dando por acabados los luctuosos ritos, intentan los pastores darse al sueño. Sólo que el compartido sopor habrá de ceder ante un luminoso prodigio:

[...] de la misma sepultura de Meliso se levantó un grande y maravilloso fuego, tan luciente y claro que en un momento todo el oscuro valle quedó con tanta claridad como si el mismo sol lo alumbrara; por la cual improvisa maravilla, los pastores que despiertos junto a la sepultura estaban, cayeron atónitos en el suelo, deslumbrados y ciegos con la luz del transparente fuego, el cual hizo contrario efecto en los demás que durmiendo estaban, porque heridos de sus rayos, huyó dellos el pesado sueño, y aunque con dificultad alguna, abrieron los dormidos ojos, y viendo la estrañeza de la luz que se les mostraba, confusos y admirados quedaron.

La a la vez ninfa y musa Calíope se materializa ante los pastores apartando a derecha e izquierda las llamas de un ‘ardiente fuego’, que poco después alejará un poco más de sí ‘para dar lugar a que mejor pudiese ser mirada’. Y va a ser desde el seno de aquella llameante corona como recitará para ellos su elogio de los poetas españoles, a cuyo fin ‘tornándose a juntar las llamas, que divididas estaban, la volvieron a cerrar en medio, y luego poco a poco consumiéndose, en breve espacio desapareció el ardiente fuego y la discreta musa delante de los ojos de todos [...]’. El ‘antiguo sacerdote’ y feligresía darán tres vueltas a la aún encendida pira antes de dispersarse para sus pastoriles quehaceres.

Todo aun mediano conocedor de Telesio no dejará de asociar esta enfática glorificación del elemento igneo con la obra del filósofo napolitano. Partidario de volver al canon de la física presocrática

prescindiendo de Aristóteles, Telesio restaura la pura doctrina de los cuatro elementos (uno de los motivos por los que sus contemporáneos le ensalzaron como Parménides redivivo) y privilegia entre todos al fuego, a modo de una idea obsesiva que arrastra a lo largo de su vasta obra. Por basar esencialmente su física en la oposición calor-frío, la homologa en incontables ocasiones con la de cielo-tierra y ésta, a su vez, con la de luz-oscuridad. El cielo es para Telesio una esfera de fuego blanquísimo, procedente del sol contra la errada opinión de Aristóteles: 'Et ignem tenuem, candidum mobilemque, terra, contra, crassam, tenebricorum penitusque immobilem'. El fuego, sinónimo de blancura y movimiento, tiene un ímpetu natural de elevarse hacia el cielo donde reside en toda su natural perfección. De ahí la voluntad ascensional de la llama con un 'appetitum, quo cognata entia contingendi seseque iis immiscendi et propriam perfectione consequendi tenetur'. Que el fuego sea semejante al cielo hasta un punto de identidad con éste, se nos dice, 'ambigere non licet'. El calor-fuego es origen de toda 'tenuitas' y constituye para Telesio una realidad casi más poética que filosófica, varia y generosamente adjetivada hasta acercarse al tipo de imagen multivalente propia de un lenguaje místico. El fuego, queda así de hecho divinizado, se iguala con la noción de espíritu y como no han dejado de observar sus novísimos estudiosos, Telesio deja de ser un materialista cuando se ocupa de estos temas, que llevan la parte del león en su obra.

No es preciso insistir en la cercanía de estas ideas al espectáculo de *son et lumière* montando en *La Galatea* en torno a las exequias del pastor Meliso, con su cuidadosa gradación de luces, música y llamas. El fuego espiritualizado y convertido casi en objeto de veneración puede ser de este modo 'sacro', 'ardiente' o 'transparente'. No dejan de figurar también allí cuestiones cosmológicas, como la explicación del reflejo del sol con que 'la luciente luna mostraba su rostro hermoso y claro en toda la entereza que tiene cuando más el el rubio hermano sus rayos le comunica'. Si la existencia de una explicación paralela en el *De rerum natura* es aquí de escasa monta dado lo conocido del fenómeno natural, no ocurre así con otra consideración relativa a la hermosura del cielo sobre las riberas del Tajo: 'Y si ello es verdad que las estrellas y el sol se mantienen, como algunos dicen, de las aguas de acá bajo, creo firmemente que las deste río sean en gran parte ocasión de causar la belleza del cielo que le cubre'. Aunque la explicación del pasaje se haya basado hasta ahora en Plinio, hay que decir que es también repetidamente expuesta por el filósofo cosentino. Si la tierra se opone a los cielos y el fuego, el agua en cambio se les iguala por ser tenue, blanca y movediza, a la vez que no es otro que el sol quien origina tanto las aguas de lluvia como las de manantial. Es una de las ideas que de un modo característico gusta de remachar Bernardino Telesio.

Dejando también no poco que decir acerca de todo esto último urge poner sobre la mesa una consideración final relativa al único poema

original del filósofo y a sus afinidades con los círculos más hispanizados del Nápoles de su tiempo. En 1585 aparecía en *Nápoles unas Rime et versi in lode della Illima. et Ecc.ma S.ra D.nna Giovanna Castriota* recopiladas en lengua toscana, latina y española por un tal Scipione del Monti. Dicha señora era madre de Ferrante o Ferdinando Carafa, IV duque de Nocera, estimable hombre de letras a quien se dedican estas *Rime*, pero a quien como amigo y protector del propio Telesio le fue también dedicado el *De rerum natura*. Nada sorprende, pues, que aquél contribuyera a las *Rime* con un *Ad Johannam Castriotam Carmen* en 44 hexámetros. Conforme a sus consabidas ideas de siempre, el filósofo se dice arrebatado de un vivo fuego que, en medio de una cortina de llamas, se eleva conforme a su naturaleza hacia los cielos, donde penetra los secretos del alma y hasta contempla la misma esencia divina:

Hinc animae propios motus contemplor, et ipsum
Divinum inspicio, qui spiritus intimus olli est.

La alta señora, continúa, no está llamada a experiencias menos sublimes, pero es Dios mismo quien prohíbe ahondar e ir más allá en tan empinadas elucubraciones.

El poema latino de Telesio tiene también su aire de familiaridad en relación con cuanto rodea a su homónimo de *La Galatea*. Es además de tener en cuenta que tal vez se trata de la pieza más destacada de la colección, por lo cual fue pronto objeto de una traducción italiana cuya autoría se halla indecisa entre los discípulos Giulio Cavalcanti y Sertorio Quatromani. Aunque impreso en simultaneidad con *La Galatea*, el poema se fecha sin dificultad hacia 1570, que es cuando debió de formarse la *raccolta* en honor de la anciana duquesa de Nochera.

Pero además, las *Rime* contienen una nutrida sección española, precedida de una dedicatoria en esta lengua de quien desde ahora se llama ‘don Scipión de los Montes’ a don Fernando Carafa, hijo de la señora Giovanna. Forman un *corpus* de veintisiete sonetos, alternados en parejas por una cortesana invitación del copilador y la repuesta de invariable loanza de la ilustre dama. Tanto don Scipión como casi todos los italianos allí convocados se expresan en un español impecable y se muestran, en especial, muy familiarizados con Garcilaso y su escuela. Se tiene allí una prueba irrefutable del vigor de una cultura hispano-italiana en el Nápoles de la época, así como de la clase de oportunidades para el intercambio intelectual en ambos sentidos. Es digno de anotar también el alto prestigio que allí goza la memoria de don Diego Hurtado de Mendoza. Habiendo muerto ya Garcilaso, Boscán ‘y el de Mendoza don Diego tan claro’, queda en vanguardia para el de los Montes Jerónimo de Contreras, el autor de la *Selva de aventuras* (1565), que fue uno de los invitados y de los que allí cumplieron como buenos. El recopilador se había dirigido también, esta vez en italiano, al que llama ‘valente Erzilla’,

a quien conoce y admira profundamente, pero que no sabemos si llegó a responderle. Otro participante fue allí el jurado de Córdoba Juan Rufo, conocido y amigo de Cervantes que, como Meliso y Ercilla, es también elogiado en el canto de Calíope.

Con ser, como se ve, una contribución impresionante, la presencia española en estas *Rime* dista de hallarse completa. Tardaron sin duda demasiado en verse impresas. Su contenido fue sumamente divulgado como manuscrito, con el resultado de muchas lamentables pérdidas, pues según el mismo recopilador 'sono poche, perche si sono smarrite, ma la bontà loro compensarà el difetto di numero'. Y el contemporáneo Pero de Rossi atestigua que 'questi scritti prima che fussero posti in libro, sono andati per molte mani, et sono trasportati molte volte in Calabria, e molte in terra de Otranto, e molte in Capua e in molti altri luoghi del Regno, laonde se ne sono perduti assai'.

No precisan de más glosa las posibilidades abiertas, en relación con el tema hoy estudiando, por estas *Rime* en honor de Giovanna Castriota. Quede aquí, como conclusión de urgencia, que el tema de Cervantes en Italia dista de hallarse agotado. Si bien su atención y familiaridad con las ideas literarias en la otra Península ha sido objeto de atento estudio, se acerca también la hora de hacer lo mismo con lo relativo a los aspectos filosóficos, políticos y religiosos que eran objeto de innovador replanteo en un reino incorporado a la corona española durante la estancia partenopea de Miguel de Cervantes.